



## Poemas (1921-1939)

---

Recogemos en estas páginas las composiciones de aquellos poetas de los cuales tan solo hemos conseguido encontrar un poema de temática medieval. Cronológicamente, abre esta sección «Al destierro», de Fernando Allué Morer, un poema cidiano en eneasílabos sobre la salida de Rodrigo Díaz de Vivar de las tierras de Castilla. A continuación, presentamos un poema de Juan Gil-Albert sobre el poeta andalusí Al-Russafi, de claros tintes barroquistas. Ya en plena Guerra Civil, fueron publicadas numerosas composiciones que orillaron lo medieval, tanto de un bando como de otro. Tal es el caso de los republicanos o anarquistas José Herrera Petere, Arturo Serrano Plaja, Pascual Pla y Beltrán, Luis Pérez Infante o Félix Paredes, que refieren episodios bélicos con tintes épicos y salpicados por referencias a un medievo ideológicamente utilizado en pro de las luchas por la restauración del orden constitucional. En muchas ocasiones, estos poemas pueden ser también reflexiones sobre la situación de la España de la guerra o, incluso, adquieren un carácter irónico o burlesco (tras la senda, por ejemplo, de cierto Alberti). Particular es el caso de Leopoldo de Luis, que dedica a Lorca un poema con algunas referencias al medievo. Con el objetivo de dar fuerza simbólica a las actuaciones, personajes y hechos relevantes del bando franquista fueron escritas las composiciones aquí recogidas de Mariano Tomás, Julio Sigüenza, Manuel de Góngora Ayustante o Manuel Machado. Finalmente, recogemos de Luis Felipe Vivanco un poema dedicado a la reina Isabel I, que ya adelanta la línea de la poesía desarraigada que comenzará a tener fuerza en la España de la inmediata posguerra gracias a autores, como él, ligados a la revista *Escorial*: Ridruejo, Rosales y Panero, principalmente.

### Fernando Allué Morer (1899-1982)

---

#### Al destierro

Ya todos salen de la iglesia,  
que ya el abad dijo la misa.  
Flota en el aire matinal  
una sutil melancolía,  
pues bajo el viento del dolor

todas las flores se marchitan.  
Bajo los petos esplendentes,  
bajo las fúlgidas lorigas,  
palpita un algo misterioso  
que al corazón dice: suspira.  
Nada ni nadie, el gran silencio,  
–fantasma lírico del llano–  
su cantinela noble dicta  
a los altivos viejos árboles  
y a las espléndidas espigas  
que ornán el seco paisaje  
de esta llanura de Castilla.

El Cid se acerca lentamente  
hacia Jimena, Sol y Elvira;  
y con ternuras inefables  
coge en los brazos a sus hijas  
y un beso grave y silencioso,  
pone en la flor de las mejillas.  
Dos grandes lágrimas, su rostro  
cruzan y caen en la loriga  
y sobre el hierro toman fúlgidas  
irisaciones diamantinas.  
Jimena, esposa y madre a un tiempo,  
hinca en el suelo las rodillas  
y con sus manos temblorosas  
prende del Cid la mano altiva  
y, con fervor de esposa y madre,  
besos en ella deposita.  
Y un gran sollozo, del silencio  
parece ser el alma misma.

Ambos esposos se contemplan;  
cruza la luz de sus pupilas;  
un fuerte abrazo une sus cuerpos,  
un largo beso une sus vidas...  
Y el llanto brota de sus ojos  
en la doliente despedida.  
Como la uña de la carne

–dice el cantar–, así estas vidas,  
que con los óleos de la Historia  
están gloriosamente ungidas,  
quizás por siempre, se separan  
llenas del llanto las pupilas...

El Cid y todos los vasallos  
ya están montados en las sillas.  
Flota en el viento la quimera  
de nuevas ansias infinitas.  
Parten veloces y atrás dejan  
las nobles prendas tan queridas.  
Y pronto el viejo monasterio  
se esfuma allá en la lejanía.

Y bajo el sol de la mañana,  
con ritmo igual y lento, rima  
el galopar de los caballos  
sobre la tierra endurecida,  
con el latir del corazón  
de esas mil almas doloridas...

Rompe el silencio el gran Minaya:  
«Oh, Cid, de espada bien ceñida;  
¡arriba el ánimo! Pensemos  
solo en la empresa que nos guía.  
Dejémonos de ociosidades,  
y al corazón que aquí palpita  
dentro del pecho, ahoguémosle  
como si fuera vieja arpía.  
Pronto los duelos serán gozos  
y las tristezas serán dichas,  
pues Dios el alma nos ha dado  
para el dolor y la alegría.  
... Y levantemos nuestras testas,  
que guarda el casco, hasta la línea  
más elevada del oriente;  
y hacia la tierra prometida  
encaminemos nuestros pasos  
con noble impulso y fe encendida.

Sigamos todos el sendero  
que hacia el final nos encamina,  
¡y empiece el éxodo glorioso  
por las llanuras de Castilla!».

... Y soltando las riendas  
van cruzando veloces Alcobilla,  
y Espinazo de Can y San Esteban  
de Gormaz...

La infinita

llanura se va abriendo prodigiosa,  
de la luz meridiana a las caricias,  
como una flor gigante.  
Surcan el cielo azul las golondrinas,  
se oye el eco triunfal de las campanas,  
brota el áureo milagro de la espiga,  
y junto al padre Duero –cuyas aguas  
silenciosas y mansas se deslizan–  
la ramazón inquieta de los álamos  
entona, como un triunfo, su cantiga.

¡La llanura infinita se engalana  
para dar a los héroes despedida!  
Llegan a Figueruela:  
aquí está la frontera de Castilla,  
aquí termina ya la tierra madre.  
Rendidos de fatiga  
descansarán; mañana  
no volverán a ver la tierra nativa.  
Y empezarán las luchas  
contra el tropel audaz de la morisma,  
¡y la noble quimera se hará carne,  
y el ensueño de gloria se hará vida!

Y así termina el poema.  
Así la glosa termina  
que al cantar de Mío Cid  
puso un juglar de Castilla.

(*El Cid en Cardeña y otros poemas*; extraído de *Romancero del Cid*,  
edición de Luis Guarner, 1954, pp. 452-454)

## Juan Gil-Albert (1904-1994)

---

### El sastrecillo

#### (Diálogo con al-Russafi)<sup>196</sup>

Dedos que ignoro, ¡oh dedos de destreza!,  
claros dedos de amor, vivís heridos,  
solos vais y venís aparecidos  
siervos de un alba entera de belleza.

Pálido soplo urdiendo ingrata pieza  
cuando nocturnos montes ateridos,  
hoyas informes, aires de ladridos,  
vítreos imantan sueño a tu cabeza.

Te espera en el dintel de la mañana  
orla de luz al ojo fatigado,  
un subversivo amor, doncel beduino.

La tierra sale, es fiel como la entraña,  
escucha en róseo labio matutino  
ese vasto mensaje liberado.

(*Misteriosa presencia*, 1936;  
extraído de *Poesía completa*, 2004, p. 101)

## José Herrera Petere (1909-1977)

---

### El suplicio de Tántalo de los fascistas

Negro perro fascista que ha llegado  
de tábanos y moscas perseguido,  
rabioso viene, porque viene huido

---

196. Poeta andalusí valenciano del siglo XII. La vinculación con Al-Russafi brota de la lectura de la antología *Poemas Arabigoandaluces* de Emilio García Gómez (1930), cuya impronta queda destacada en las referencias árabes a lo largo del poemario, siendo esta la única encontrada de carácter medieval: «*Misteriosa Presencia*, apareciendo en 1936, momento nada propio a experimentos, es, sin duda, su libro más barroco y más árabe, rozando a veces un tono de reconocible mística. Tanto ésta como el barroco son dos lenguas propias no de la claridad, sino de la clandestinidad» (Javier Pérez Escohotado, 1983: 53).

de su negra conciencia atormentado.

Gran perro o hiena, fascio sublevado,  
de colmillos sedientos y ojo hundido,  
llega a Madrid y llama con ladrido,  
ronco de sed, canino, condenado.

Infierno negro que describe Dante,  
de Caronte, Gerión, llamas y viento<sup>197</sup>;  
en agua, como Tántalo, anhelante,  
el fascio nada débil y sediento.

Quiere a Madrid llegar, beber su vida.  
¡Muere!, perro fascista no hay bebida.

(*Milicia popular*, núm. 143, 28 de diciembre de 1936;  
extraído de *Guerra viva*, 2017, p. 167)

## Luis Pérez Infante (1912-1968)

---

### La venganza del castillo

Sus cuatro siglos dormía  
el castillo de Las Navas.  
Fuertes, por fuera, muy fuertes,  
las torres y las murallas,  
y medio muertas de tiempo  
las viejísimas entrañas.  
Al cabo de cuatro siglos,  
despertó una madrugada  
con un despertar de guerra  
—bandera republicana  
izada en un palo al viento  
allá en la torre más alta—.  
Desde un trigal, los facciosos

---

197. Caronte: barquero del Hades que transportaba las sombras errantes de un lado al otro del río Aqueronte (según fuentes como la *Divina comedia*) o del Estigia (*La Eneida*). Gerión: monstruo mitológico formado por tres cuerpos con sus respectivas cabezas y extremidades. En la *Divina comedia*, sin embargo, adquiere otra forma: rostro de varón, cuerpo de serpiente y cola de escorpión. Está en el séptimo círculo del infierno.

ven la enseña, y una marcha  
organizan sobre el pueblo  
castellano de Las Navas.  
La columna, numerosa,  
pronto llega hasta la plaza  
sin que los del pueblo, escasos,  
valientes, pero sin armas  
puedan cortar el avance  
presentándose en batalla.  
El jefe de los facciosos,  
con voz de sapo en el agua,  
pregunta a los aldeanos  
lloviéndoles amenazas:  
«¿Quién puso aquella bandera  
allá en la torre más alta?».  
Silencio. Ruge el fascista  
una voz de: «¡Carguen, armas!».  
Y un cobarde de la aldea  
dice, a la vez que señala  
al labrador más anciano,  
a quien Pollero llamaban:  
«El Pollero, que es un rojo».  
El Pollero se adelanta  
(de viejo, no de cobarde,  
sus piernas le flaqueaban).  
Y habló el capitán rebelde  
con voz de sapo en el agua:  
«¡Quita pronto esa bandera,  
si no quieres que la tapa  
de los sesos te levante!».  
El viejo, como por magia,  
pudo trepar como un gato  
hasta la torre más alta:  
las piedras rojas del muro  
parecía que le ayudaban.  
Ya en tierra con la bandera  
que a cien vientos ondeara  
habló el capitán fascista  
con voz de sapo en el agua:

«Pollero, pisa ese trapo  
que por bandera tomabas».  
«¡Eso no!» –lloró El Pollero–.  
Y cien facciosas culatas  
de fusiles, su cabeza  
con odio y furia machacan

(*El Mono Azul*, núm. 5, 24 de septiembre de 1936, p. 5)

## Pascual Pla y Beltrán (1908-1961)

---

### La reconquista de Granada

¡Ay, quién te viera, Granada!  
No son los Abencerrajes  
los que te tienen tomada.  
Un río de sangre espesa  
por tus callejuelas baja,  
manchando de odio y de luto  
la blancura de tus casas.  
¡Ay, quién te viera,  
por los moriscos, tomada!  
Mozas con senos cortados  
no salen a sus ventanas;  
los suplicios del martirio  
las tienen amortajadas.  
¡Ay, si te viera el rey moro  
por los moriscos tomada!  
Verde vega es en Valencia,  
aún más verde es en Granada;  
los hombres que la sembraron  
ya van por Sierra Nevada.  
Campesinos de Jaén  
y Málaga, la gallarda,  
jinetes en bravas yeguas  
cabalgan sobre Granada.  
¡Oh, la ciudad de los Cármes,



el clavel y la albahaca!  
 ¡Deshecha en sombras y llanto,  
 espera ser libertada!  
 Corriendo de Norte a Sur  
 —día y noche, sol y agua—,  
 los jinetes andaluces,  
 pusieron cerco a Granada.  
 Campesinos, luchadores:  
 ¡tierras que pisa mi jaca,  
 generales sin honor  
 nunca podrán conquistarlas!  
 ¡Ya gime el Generalífe!  
 ¡Ya se estremece la Alhambra!  
 Los cascos de los caballos  
 suenan de la noche al alba.  
 ¡Ay, qué rosa amanecida  
 verá conquistar Granada!

(*El Mono Azul*, núm. 5, 24 de septiembre de 1936, p. 5)

## Mariano Tomás (1890-1959)

---

### Ante las ruinas del Alcázar

España volvió a ser Guzmán el Bueno<sup>198</sup>,  
 hueso y carne otra vez, tiró su daga  
 y, en las entrañas la terrible llaga,  
 veló el dolor tras el mirar sereno.

Resultó Numancia, rugió el trueno  
 que alumbró de Cortés la noche aciaga...  
 ¡Y el claro sol de ayer ya no se apaga,  
 que amaneció de resplandores lleno!

¡Nunca otro alcázar tuvo esa fortuna!  
 Ocaso y alba en imperial recinto;  
 tumba de Imperio y de otro Imperio cuna,

198. De nuevo, la vinculación entre Guzmán el Bueno, y su defensa de Tarifa, y la batalla del Alcázar de Toledo, dirigida por el General Moscardó, razón por la cual le fue otorgada la medalla de Tarifa en 1947.

no llores por la piedra destruida,  
que esta mansión del César Carlos Quinto  
se dio la muerte para hallar la vida.

(diario *Jaca española*, núm. 287, 25 de junio de 1937, p. 3;  
extraído de *Poesía de la Guerra Civil española. Antología (1936-1939)*,  
edición de Jorge Urrutia, 2006, p. 72)

## Leopoldo de Luis (1918-2005)

---

### Romancero a la muerte de Federico García Lorca

I

*Tocando el tambor del llanto*<sup>199</sup>,  
galope de jacas negras,  
corre que te correrás  
entre la noche morena.

Con el aire que levantan,  
los olivos se despiertan.  
«¿A dónde vais tan de prisa?»  
«¿Quién os monta, jacas negras?»  
«Nuestro jinete, el dolor;  
sus puñales, las espuelas.  
Venimos de tierra baja,  
de Andalucía morena,  
de junto al yodo y al mar,  
junto a la sal y a la arena;  
y vamos por todo el mundo  
pregonando nuestra pena:  
en su tierra de Granada,  
junto a sus memorias viejas,  
han matado a Federico,  
nuestro cárdeno poeta».  
Los olivos que lo oyeron  
enmudecieron de pena.  
Llanto color de aceituna  
lamía la carretera.

---

199. Verso del «Romance de la luna, luna» de Federico García Lorca.

Por la noche adentro, adentro,  
se fueron las jacas negras.

II

Por los patios de la Alhambra  
a la ventana mudéjar,  
subía un olor agudo  
de azahares y de adelfas.  
Por los patios de la Alhambra,  
por entre las alamedas  
¡ay, cómo olía que olía  
a una infinita tristeza!  
¡Jardín del Generalife,  
y cómo olían a pena  
tus viejísimos laureles,  
a pena reciente y tierna!

Hasta los celestes prados  
sube el ciprés su tristeza,  
y el álamo majestuoso  
infinito de amarguras  
blandamente cabeceaba.  
No corre un soplo de viento.  
Todo se llena de pena,  
y en el aire de bochorno  
su abanico verde y grande  
deja caer la palmera.

¡Está llorando Granada,  
todo Granada, de pena!

El pico del Monte Sacro,  
las altas Torres Bermejas  
con un pañuelo en los ojos  
tristemente la contemplan.

¡Ay, Federico García,  
qué triste se está poniendo  
tu vieja ciudad morena!

«¿Por qué lloráis, mis jardines;  
por qué estáis tristes palmeras?».

«¡Ay, Federico García,  
lloramos por una muerte  
que se acerca!».

El mar estaba llorando  
del alba contra las puertas.  
Salpicaba las ventanas  
de la playa con estrellas.

«¿Por qué lloras así, mar,  
despeinada la melena  
de tus desflecadas olas,  
qué lloras de esa manera?»

«¡Ay, Federico García,  
lloro por una muerte  
que se acerca!»

Las palabras, en la noche,  
como fina caña eran,  
frágiles y quebradizas  
como fina caña seca.

¡Cómo lloraba el silencio  
escondido entre palmeras!

Todo Granada lloraba  
como una triste doncella,  
con ojos de mar y cielo  
en la madrugada tierna.

Por los picos de la Elvira  
la muerte baja a la Sierra,  
viene afilada y segura  
sobre la ciudad derecha.  
De miedo y dolor, del Darro  
se estremecen las riberas.

(¡Ay, Federico García,  
con un puñal en las manos  
cómo la muerte se acerca!)

No.

No se lo claves.

No.

La muerte se ha disfrazado  
con vestiduras de crimen  
y de traición la careta.  
Viene despacio, en silencio;  
todo Granada, con pena,  
la ve venir, paso a paso;  
viene buscando su presa.

(¡Ay, Federico García,  
que la muerte ya se acerca!  
¡Todo Granada la ve  
y él aún no se ha dado cuenta!  
¡Por allí, por Sierra Elvira,  
vestida de pistolera!)

Todo Granada la ha visto  
y a Federico García  
le ha cogido de sorpresa.

III

¡Luna de las cuatro en punto  
de la madrugada tierna!

Gitanas del Albaicín,  
perfil de caras morenas.  
¡Cien Soledades Montoya  
llorando su *pena negra*<sup>200</sup>  
Gitanos de *bronce y sueño*<sup>201</sup>,

200. Referencia al «Romance de la pena negra», de *Romancero gitano*.

201. Verso del «Romance de la luna, luna»: «Por el olivar venían, / bronce y sueño, los gitanos».

los de la Alcazaba nueva.  
¡Cien Antoñitos Camborio  
*morenos de verde luna,*  
de verde luna lunera!

(*Por el agua de Granada  
sólo los suspiros reman*)<sup>202</sup>.

La Lola, bajo el naranjo,  
no lava, que llora penas<sup>203</sup>,  
y la Amparo se ha vestido  
con una mantilla negra<sup>204</sup>.

Lloran todas las muchachas  
de la Andalucía Reina;  
de la Andalucía lata,  
de la Andalucía baja...,  
¡todas las niñas morenas!  
¡Todas las *niñas de España*<sup>205</sup>  
se están muriendo de pena!

Y Granada, tristemente,  
llora como una doncella.  
¡Darro y Genil, torrecillas  
*sobre los estanques, muertas!*<sup>206</sup>  
Por las puertas de Granados  
se escapan dos jacas negras  
*tocando el tambor del llanto*<sup>207</sup>.

(*Versos en la guerra*, 1938, edición de Gabriel Baldrich, Miguel Hernández  
y Leopoldo de Luis; extraído de *Poesía de la Guerra Civil española.*  
*Antología (1936-1939)*, 2006, edición de Jorge Urrutia, pp. 176-181)

202. Versos de la «Baladilla de los tres ríos». Leopoldo de Luis modifica el original: «por el agua de Granada / sólo reman los suspiros».

203. Referencia al poema «La lola»: «Bajo el naranjo, lava /pañales de algodón» .

204. Referencia al poema «Amparo»: «Amparo, / ¡qué sola estás en tu casa / vestida de blanco!».

205. Referencia a «Alba – poema de la soleá»: «Las niñas de España / de pie menudo / y temblorosas faldas, / que han llenado de luces / las encrucijadas».

206. Versos de la «Baladilla de los tres ríos».

207. Cierra el poema con el mismo verso que lo inició que, como se ha dicho, pertenece al «Romance de la luna, luna».

## Félix Paredes (1894-¿?)

---

### Bueno y poquito

El Arcipreste de Hita  
dijo que poquito y bueno.  
Vamos a ver si acertamos,  
y disculpad si no acierto.  
He visto morir a un hombre,  
y, en sus últimos momentos,  
defender la Libertad  
antifascista. Acabemos,  
que el Arcipreste de Hita  
dijo que poquito y bueno.

(*Fragua social*, núm. 436, 15 de enero de 1938;  
extraído de *Romancero libertario*, ed. de Serge Salaün, 1971, p. 170)

## Arturo Serrano Plaja (1909-1979)

---

### Los soldados

Y sus villas y sus tierras  
ocupadas de tiranos  
las halló,  
más por cercos y por guerras  
y por fuerza de sus manos  
las cobró  
JORGE MANRIQUE<sup>208</sup>

Arriba, por las lomas, el fuego no descansa.  
Por el triste camino que marcha entre encinares  
vienen los batallones envueltos en la bruma.  
Suena el cañón lejano, palpita, dilatada,  
  
niebla gris, oscura, del alba entumecida.  
Un sol, pálido y débil por un húmedo viso,  
asoma por las cumbres su rojiza amargura.  
Sopla furia la muerte, sacude la cabeza

---

208. Cita extraída de la copla XXXII de las *Coplas a la muerte de su padre*.

y, loca, gime a golpes de metal descuajado.  
Con ojos primitivos que el peligro hace ansiosos  
avanzan los soldados, atentos a la muerte,  
a rastras, entres jaras, eligiendo los troncos

más fuertes, en el bosque, con afán instintivo  
y gesto de acosados cachorros indefensos.  
A borbotones late, de temor insufrible,  
buscando a la temida, la sangre que la espera.

Cede en furia el combate. Palmo a palmo la muerte  
cede terreno, cede, vencida por el hondo  
contacto temeroso con riesgo mantenido  
templada y firmemente por los hombres del pueblo.

Estos soldados eran campesinos y obreros.  
Eran trabajadores de rostro silencioso  
que sin querer llevaban el corazón dormido  
de triste y lamentable y explotada miseria.

Eran un pueblo aislado, miserable y sufrido,  
con un poder de toros cernido en su paisaje  
y una temperatura de fiebre en su esqueleto,  
los que ahora palmo a palmo, rechazan la vergüenza.

Se quemarán los campos, arderán las ciudades  
desplomándose en llamas sus techos encendidos.  
Desventurada España, más pobre todavía,  
desconocidamente soportará su angustia.

No importa. Con cara de gañanes tiene España  
vestidos de soldados a sus hombres del pueblo.  
No quedará en su tierra, no podrán los tiranos,  
ni una sola fanega sometida, humillada.

Con sus botas pesadas y sus gruesos equipos  
caminan torpemente pero mueven ligeros  
su estirpe, los soldados, de nobles cavadores,  
de viejas y esforzadas y encallecidas manos,



hechas al sufrimiento,  
hechas de sufrimiento concentrado.

(*El hombre y el trabajo*, 1938, pp. 117-119; extraído de  
*El hombre y el trabajo*, edición de Raúl Molina Gil, 2017, pp. 187-189)

## Julio Sigüenza (1898-1965)

---

Era el tiempo en que España arrastraba su sueño  
y en su cama de algas se reclinaba el sol.

La mano de Dios posó sobre su frente,  
y fue entonces  
cuando hizo de ti el fuerte badajo humano  
que golpeaba la voz de la resurrección.

Llamabas desesperadamente  
sobre la horda enemiga,  
y al conjuro de tu voz concurrieron los ríos  
que llevaron tu palabra,  
clara y armónica,  
sobre sus lomos viajeros de eternidad  
en que se contemplan  
igualmente simples el hombre y su sombra.

Como en los tiempos de tu hermano El Cid,  
las piedras que nacieron con el mundo  
se apoyaron en los siglos para soñar tu voz.

Y tú, sobre los bosques,  
derramaste tu mística de astros  
y, como el sol a la sombra,  
resellaste la impronta de tu voz  
en las pupilas vírgenes de tus hermanos nuevos.

Y ya todos eran colegiales de la muerte  
y de la vida difícil,  
y de la vida eterna,  
cuando tú tañías aún las campanas del cielo

sobre la tierra madura de España  
enraizada en la eternidad.

Como los árboles retorcidos y locos de sed,  
los brazos tensos  
y las manos altas y estrelladas,  
invocaron la lluvia celeste,  
fecundadora y paridora,  
con la angustia esperanzada  
que deja sediento y enfebrecido el labio,  
el monte,  
la roca  
y el mar.

Nada era tan igual como una angustia y otra angustia  
en aquella unanimidad de llamadas.  
Todas las voces eran senderos de montaña,  
y eran agua galopante en los ríos  
y cabalgante en el mar.  
Eran espuma que tú,  
badajo humano,  
golpeabas con gesto genésico  
junto a las orillas de España en que tu fuerza  
y tu poder cósmico  
seguían tañendo para darle total,  
absoluta,  
íntegramente,  
en el inmenso cielo  
en que se encienden los luceros  
que han de formar la eterna y vigilante ronda azul.

Como en los tiempos en que España  
surgió de las aguas  
nueva y pura,  
otra vez se agita su cabellera  
entre la sangre coagulada del parto duro y difícil;

del parto gloriosamente nuevo,  
fecundamente duro.

Y vibra más que nunca tu voz,  
y más que nunca  
el amor de todos los brazos  
que se quedaron en la orilla del nacimiento  
se ausenta para fundir,  
integrándolo,  
el bronce cósmico en que tú golpeas.

Amanece...  
¡En España  
comienza a amanecer tu imperio  
amigo del Sol!

*(Poemas del imperio, 1938, pp. 27-30)*

## **Luis Felipe Vivanco (1907-1975)**

---

### **Elegía I. Isabel**

No invocaré a las musas, ni a los dioses paganos  
cuyos cuerpos amables resumen la armonía  
tan lejos de mi sangre, ya fiel a sus mayores.  
Invocaré al azul, sereno y encendido  
sobre la majestad de Castilla la brava.  
Invocaré al azul con mis ojos severos  
que miran su pureza resplandeciente y una,  
libres en el fervor que el pensamiento humilla.  
¡Cómo, azul, eres uno sobre todos los hombres!  
¡Cómo invitas al canto levantado y unido,  
límite del más bello dolor adolescente,  
y ya la voz, madura conduce su esperanza!  
¡Cómo en ti está el Señor con su luz generosa!  
Si la lluvia destierra tu visión preferida,  
si las blancas estrellas en la noche lejana  
descubren su tesoro de finas claridades,  
tú, azul, eres consuelo del tiempo renovado,  
pasión de luz entera que a Castilla convoca  
para ser vencedora de la humana tristeza.

A ti te invoco, azul, claro azul en el día,  
fuerte azul castellano donde acaba el deseo.  
Y está el trigo invocando tu amanecida suave  
sobre la perfección granada que atesora,  
para que los cantares suban, serios, al cielo,  
y en los brazos de Dios la tierra esposa quede.  
Porque en la noche pura los hombres se arrodillan  
y en el alba comienza la unión que nos ensalza,  
la comunión del ciclo con la ofrecida tierra.  
Pinares y rebaños, de suavidad tocados,  
digan el nacimiento del Niño prometido.  
¡Las aves y las aguas canten la Eucaristía!  
Está el trigo en espigas que esperan el milagro  
invocando tu luz para brillar, alegre,  
como vuelo dorado por la brisa ligera.  
La tierra no conoce los sueños que traspasan  
su permanencia fiel, vibrante en la llanura.  
¡Ay, Castilla real, Castilla de mis ojos,  
qué liviano es el día que no turba la sangre!  
Mi gozo en ti se adentra por los finos verdores  
del más breve hontanar florido en primavera.  
¡Oh perfección del trigo! Primavera de España  
ciñes con el temblor de tus ágiles tallos  
cuando la carne niña de su cuerpo obediente  
la Princesa Isabel bañaba en tu hermosura.  
Y el alma verdecía los temblores del chopo.  
Y el espíritu noble, con su brioso anhelo,  
lograba la ascensión del júbilo dormido.  
¡Ved las manos valientes que acarician el brillo  
de la piel alazana, fresca de aguas caudales!  
Pació el potro la hierba del Betis espacioso  
y hoy le consiente el Duero su abreviada ribera.  
Crespas vuelan las crines por el nervioso cuello  
que alza con gallardía de estirpe soberana.  
La dureza del suelo aún no prueba impaciente  
ni con aliento altivo bebe el céfiro manso,  
y la distancia débil aún no suena guerrera.  
Y es tan firme Isabel, que anidarán los pájaros  
en su virgen presencia bañada por los trigos.

Ved los azules ojos donde la yerba asoma,  
y el jazmín encendido por el rubor sensible!  
Piel profunda, gozosa de la sangre que cuida  
con su libio candor de nardo delicado.  
¡Ved la ardiente corona que derrama sus flores  
deteniendo las horas sazonadas del tiempo!  
A punto está, pastores de pueblos victoriosos,  
de nacer la mujer que os abrirá el futuro  
vinculando a la espada la caridad más sola  
como cumple al dolor del encarnado espíritu.  
Pero aún sabe a niñez lo que miran sus ojos...  
Tu mirada, Isabel, es la semilla tierna  
de los árboles altos que crecerán mañana  
cantando del Señor la muerte redentora.  
Ya no eres niña, ni mujer indecisa;  
por tu sombra primera, ya eres Reina de España.  
Y tu nombre es el yugo que cultiva los campos  
si el vigilante amor con sus flechas te hiere.  
Tu rubia majestad visitará las olas  
y al rumor de tu paso las almenadas torres  
su orgullo abatirán y unirán su nobleza.  
Los castillos feudales terminan en el viento  
que mueve ya sus alas con un clamor de ruinas,  
y cumpliendo la gloria del sueño que miraste  
viento largo hacia el oro tendido del poniente,  
la voluntad del hombre nuevos fines ordena.  
Sí, los claros varones levantarán a España,  
y será tu sonrisa la flor de capitanes,  
adelantados héroes del brío y de la muerte.  
No detendrá sus pasos la conquistada orilla,  
y en el suelo más fértil correrán nuevos ríos,  
y limitando el mar volará la paloma,  
y las islas halladas devolverán el eco  
de las más encendidas palabras castellanas,  
y alabando el destino de la creación reunida  
doblarán las campanas sobre la selva virgen.  
Vencedora del tiempo con sus formas señoras  
sirve a la eternidad la española grandeza.  
La verdad revelada preside sus dominios,

el Nombre del Señor sus hazañas confirma.  
¡Salmodien las celestes jerarquías atentas  
la alabanza de Aquél que vigila sus obras!  
¡Salmodiad, hombres todos, vuestro jubilo intenso!  
Si ya las blancas nubes su resplandor apagan,  
si las fuentes olvidan su manar recatado,  
si las sombras desmayan el corazón del hombre  
que habita ya el fantasma de sus fuerzas rebeldes,  
aún el cuerpo español que tú diste a la Historia  
mantendrá la unidad con sus brazos vencidos.  
Y a ti, niña Isabel, que tan cerca nos sientes  
la brisa de la tarde y el silencio del agua,  
la soledad del pájaro y el brillo del lucero,  
y el leve movimiento de la rosada cumbre,  
y resbalando en ti su frescor regalado,  
la penetrante huida de la luz en el río,  
a ti que humildemente con tu oración trasciendes  
la penumbra tranquila del recogido instante,  
pidiéndole a la Madre de Dios Inmaculada  
su protección segura para tu grande Imperio  
con el acento sobrio, sumiso y entrañado  
que pone en nuestros labios la sangre convencida,  
te nombramos aún Reina sola de España.

(revista *Vértice*, abril de 1938)

## Manuel de Góngora y Ayustante (1889-1952)

---

### Dolor y resplandor del 18 de julio

Aún no era costra seca sobre la innoble losa  
del cementerio aquel, la generosa  
sangre del mártir; aún se veteaba  
la dura piedra con su rota estría  
-rúbrica temblorosa se diría  
con que su testamento ofrendaba-  
y ya, por el Oriente, el nuevo día  
de nuestra nueva Edad alboreaba.

Y es que la losa aquella, hecha al triste ejercicio  
de la anónima autopsia, formularia y oscura,  
volvió en aquel instante altar de un sacrificio  
virilmente aceptado en honor y servicio  
de la España futura.

Hosca y terrible, aquella piedra inerte  
acostumbrada al peso cobarde del suicida  
o del que entró en los reinos de la muerte  
sin que le diera tiempo de luchar con la vida,  
parecía sentir la pesadumbre,  
no de un mortal despojo, podredumbre  
propicia al negro diente de tierra y de gusano,  
sino la inmensa mole de una cumbre  
que pesaba en divido, derrumbada en humano;  
y en su yerta yertez, resplandecía  
con un fulgor extraño, cual si en aquel momento,  
una mano invisible la alzase a jerarquía  
de ara sagrada y de sillar cimiento.

¡Cuando a aquel ataúd lo tragaba la tierra,  
España ya era un horno encendido de guerra!  
¡Ay luz cobarde y fría de aquella madrugada  
por el más torpe crimen maldecida y manchada!  
¡Ay ruido desvelado de aquellas escaleras  
holladas con las sucias pezuñas de las fieras!  
¡Ay dolor apretado de aquella despedida,  
sentencia inaplazable de aquella noble vida...!  
¡Ay calle de Velázquez, clara y florida gracia  
del pórtico gentil frente a la acacia...!  
¡Rodar de aquel camión, gris arcaduz que vierte  
en un azul de aurora negras aguas de muerte...!  
¡Ay en la rota frente la revuelta maraña  
del pelo, en la gris defensa alborotado...!  
¡Ay gigante vencido...! ¡Y ay, España  
con el lanzón hundido en el costado!  
¡Pero no!: un denso bosque de palmas extendidas  
-¡yo sentí, con orgullo, su frescura en mi frente!-,  
iba a dar por ganada las victorias perdidas,  
a sellarse de aquella noble sangre inocente,  
a prender con sus llamas las iras contenidas,

y a esparcir por el cóncavo de las ondas podridas  
un voleo ardoroso de fecunda simiente.  
Y, atravesando el mar, los granos de oro  
levantan, al brotar, con un sonoro  
clarinear de férvidas dianas  
que estremecen los montes y las olas,  
¡y otro temblor de verdes palmeras africanas  
contestan al bosque erguido de palmas españolas!  
¡Y fue el milagro...! ¡Y se hizo realidad el ensueño!  
que el Capitán de la sonrisa blanca,  
latido firme y despejado ceño,  
con látigo de fe fustiga el anca  
del nuevo y acerado clavileño  
que acuchillando azules y de los aires dueño  
desde el Marruecos de leyendas arranca.

Bajo su clara frente crepita el pensamiento  
como un haz –lumbre de astros– de reseca gavilla;  
y trae, junto a su espada, el testamento  
que rubricó en Medina Isabel de Castilla<sup>209</sup>.  
Le aguarda aquí su espada esclavizada:  
logia entre la tiniebla agazapada,  
sombra frente a su luz, hermano contra hermano,  
blasfemia y crimen y ara profanada,  
y hoz y martillo y «mono» miliciano...  
¡Pero también le espera aquella fina mano,  
osamenta sagrada  
en la Capilla Real de mi Granada!<sup>210</sup>  
Le aguarda la tarea de ordenar nuevas leyes  
y nutrir unas hambres y salvar unos lares;  
y un Escorial de Herrera con cenizas de Reyes  
y una clara Sevilla de custodias y azahares.  
Y un León –agujas góticas con que coser  
luceros al esplendente y áureo manto salamanquino–;  
y un Burgos de abadesas, cides y caballeros;  
y un Oviedo cercado y un Teruel numantino.

209. La reina Isabel I de Castilla firmó sus últimas voluntades el 23 de noviembre de 1504 en Medina del Campo, tres días antes de fallecer.

210. Se refiere a los sepulcros, obra de Domenico Fancelli, de los Reyes Católicos, ubicados en la Capilla Real de Granada, donde también se encuentran los sarcófagos de Juana I de Castilla y de su esposo Felipe I.



Domenico y Ribera; y con su ángel, Salcillo<sup>211</sup>;  
 y Goya con sus majas –nácar, pimienta y seda–<sup>212</sup>;  
 y, junto a las morenas vírgenes de Murillo,<sup>213</sup>  
 la elegante sonrisa del vencedor de Breda<sup>214</sup>.  
 El pueblecillo humilde y la ciudad famosa;  
 la fábrica y el agro...  
 ¡Todo es carne española atormentada  
 y por amor de España se hacer carne el milagro!  
 Que tal vez en la plata de un lucero ignorado,  
 persiguiendo los aires con su beso caliente,  
 por su yugo y sus flechas mártir crucificado,  
 le va abriendo camino con su antorcha el Ausente<sup>215</sup>;  
 y acicate en su dura reconquista,  
 de su olivar aceite, cardo de su viñero,  
 mientras España exista  
 y rece y jure en español su credo,  
 ¡siempre habrá en Somosierra un falangista,  
 un requeté en Navarra y un cadete en Toledo!

¡Julio Triunfal! ¡Aurora de un claro mediodía  
 en que España hace gloria a su agonía...!  
 ¡Flamear de banderas victoriosas  
 que azota una grandeza recobrada...!  
 ¡Pan en la mesa y en las rejas, rosas,  
 cruz en los campanarios para siempre clavada...!  
 Rusia torva y helada  
 –látigo y cheka, tanque y servidumbre–,  
 ¡quédate en tus estepas sepultada!,  
 ¡déjame estar a mi española lumbre!  
 Frente a tu plaza Roja, mi Alcázar toledano;  
 frente a tu descreimiento, mi crisma de cristiano;  
 y frente al agrio gesto de tu hoz y tu martillo,

211. Se refiere al escultor Domenico Fancelli (1469-1519), al pintor José de Ribera (1591-1652) y al escultor Francisco Salzillo (1707-1783).

212. *La maja desnuda* y *La maja vestida*, pintadas por Francisco de Goya respectivamente entre 1797-1800 y 1800-1808.

213. Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682) pintó numerosas estampas de la Virgen, como las diversas versiones de la *Virgen con el niño* o la *Virgen del Rosario*.

214. Se refiere al cuadro de Diego Velázquez, *La rendición de Breda*, popularmente conocido como *Las lanzas*.

215. «El Ausente» fue el sobrenombre con el que se conoció a José Antonio Primo de Rivera entre las filas de Falange tras su fusilamiento en noviembre de 1936.

la generosa y franca sonrisa del Caudillo;  
la tumba de mis muertos,  
la cuna de mis sueños de inocente,  
los frutos regalados de mis huertos,  
y la Cruz de mis padres persignando mi frente.  
Mis Cristos y mis Vírgenes... Mis libros... y el armario  
do el lienzo entre membrillos se perfuma...  
Y el lecho en que nacieron mis hijos... Y el rosario  
de mi madre... y la pluma  
con que trazo estos versos... y el báculo y la espada...  
El pueblecillo humilde y la ciudad famosa...  
la trepidante fábrica y el quieto y fértil agro...  
¡Todo es carne de España atormentada  
y por amor de España se hizo carne el milagro  
de verla para siempre recobrada!

(*Antología poética del alzamiento*, ed. de Jorge Villen, 1939, p 36-40)

## Manuel Machado (1874-1947)

---

### Blasón de España

I

Las piedras del Alcázar de Toledo  
–piedras preciosas hoy– vinieron un día  
al César, cuyo sol no se ponía,  
poner al mundo admiración y miedo.

Sillares para templo de la Fama  
palacio militar, a su grandeza  
el arte dio la línea de belleza  
que a su vez más desdibujó la llama.

Hoy, ante su magnífica ruina,  
honor universal, sol en la Historia,  
puro blasón del español denuedo,

canta una voz de gesta peregrina:  
Mirad, mirad cómo rezuman gloria

las piedras del Alcázar de Toledo<sup>216</sup>.

II

General Moscardó<sup>217</sup>: Guzmán el Bueno<sup>218</sup>  
la suprema lealtad el mundo llama.  
Mas hoy tiene la lengua de la fama  
de Guzmán el mejor el aire lleno.

Insuperable hazaña –se decía–  
los muros de Tarifa contemplaron.  
Y para nunca más volver, pasaron  
aquel hombre y la España de aquel día.

Maravillosamente desmentido  
fue tal decir. A la asombrada Historia  
tu proeza sin nombre desengaña.

Hoy es más grande que el ayer ha sido.  
No faltó España a la suprema Gloria,  
ni otro Guzmán a la tremenda hazaña.

(*Lira bélica*, ed. de José Sanz y Díaz, 1939, p. 30)

## José Martínez Arenas (1888-1970)

---

### Revolución

Clavando guerreros hitos terminales  
en fastos de Francia, con mano sangrante  
que a Europa conmueve,  
con falsas teorías, con luchas sociales

216. El Alcázar de Toledo quedó prácticamente destruido tras el asedio de las tropas republicanas durante setenta días (22 de julio al 27 de septiembre de 1936).

217. José Moscardó fue el jefe de las fuerzas franquista en Toledo tras el Golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Dirigió la defensa del Alcázar de Toledo frente al asedio de las fuerzas republicanas, lo cual le otorgó entre los golpistas un gran mérito. Ello le permitió acceder a diversos cargos de importancia durante la dictadura posterior.

218. Militar y noble leonés nacido en 1256 y fallecido en 1309, fundador de la casa de Medina Sidonia. La vinculación de Moscardó y Guzmán el Bueno brota de una comparación entre la defensa del Alcázar, protagonizada por el primero en 1936, y la defensa de Tarifa, protagonizada por el segundo en 1294. Esta vinculación adquirió tal prestigio en el bando franquista que en 1947 el Ayuntamiento de Tarifa le concedió a Moscardó la Medalla de Oro de la Ciudad, por las aparentes similitudes de los acontecimientos.

en campos de Clío, vivió el petulante  
siglo diez y nueve.

El pueblo interviene en la vida del mundo.  
¿El pueblo? ¿Qué pueblo? - ¿La plebe sarnosa  
cubierta de harapos,  
sucia de miseria y de vicio inmundo  
que escupe blasfemias y ondea rabiosa  
por banderas, trapos?

¿La bestia insaciable que lleva en su pecho  
el cáncer del odio, la mala pasión  
y el deseo bajo?

¿La hora trashumante que arrastra su lecho  
por mil lodazales, sin otra razón  
que huir del trabajo?

¿El rebaño estulto de instinto voltario  
que vive paciando materiales bienes  
y que corre en pos  
del primer farsante revolucionario  
que halaga sus vicios y le ofrece edenés  
negando a su Dios?

El pueblo –¡mi pueblo!– es la raza bendita  
que sigue la ruta que Dios le ha marcado  
con fe y con placer.

El pueblo es la aldea, la plaza, la ermita,  
la feria, la fiesta, la tienda, el mercado,  
la fragua, el taller.

El pueblo es la gente que lucha y que goza  
y frente al deber ni le arredra nada  
ni busca el atajo.

El pueblo es la casa, el palacio y la choza  
con hogar tranquilo, con familia honrada,  
con pan y trabajo.

El pueblo lo nutren patronos y obreros,  
pobres labradores, ricos hacendados  
en franca amistad.

El pueblo no tiene sociales linderos  
lo forman alegres los hombres honrados  
en santa hermandad.

.....

El pueblo de España que vive y alienta  
por la Fe de Cristo, sin miedo a la fiera  
se ajusta a su Ley,  
y se lanza bravo con mano violenta  
a salvar la raza bajo la bandera  
de Dios, Patria y Rey.

Porque Dios lo quiere –forjando el gran día  
en su alto designio– durante cien años  
espera en la brecha,  
viendo cómo deja la corriente impía  
de odios y de luchas, de dudas y amaños  
a España maltrecha.

.....

En cambio, el rebaño sin Dios, ni camino,  
cien veces varía de rumbo y sendero  
sin normas ni fin;  
y un día es la Reina dueña de su sino  
otro deposita su fe en Espartero  
y otro día en Prim.

Como no tenía glorias, ni ilusiones  
y ha perdido todo el aliento cristiano  
y la fe en sí mismo  
cantando tristezas, desesperaciones,  
soñando quimeras, se hunde en el pantano  
del Romanticismo.

No luce en España de Cristo la estrella,  
la desesperanza los pechos desgarrá.  
España delira;

el vate no encuentra temas de epopeya,  
se muere Espronceda, se suicida Larra  
y Bécquer suspira.

En un salto histérico a la Reina destrona,  
y en tragicomedia, que mueve a la risa,  
de que es corifeo  
el general Prim, la regia corona  
subasta en el mundo y un rey improvisa  
con Don Amadeo.

El rey extranjero no puede reinar  
sobre tanta gente que hace menosprecio  
de la cosa pública  
y España que nada deja de probar  
en el siglo vano, liberal y necio  
tiene la República.

Soporta la patria de tan fieros dolores,  
enconos tan hondos, tan dura condena  
en su corazón  
en aquellos días llenos de temores  
que deja que llegue sin gloria ni pena  
la Restauración.

Los Borbones vuelven al trono español  
y aquella corriente vana y liberal  
impone, arbitraria,  
un tópico absurdo en vez de un crisol.  
¡Una monarquía constitucional  
y parlamentaria!

La patria, entretanto, la van consumiendo  
los grandes partidos que gozan los suaves  
aires de Madrid.

No importa la patria, importa ir viviendo.  
¡Hay quien aconseja guardar con cien llaves  
el Arca del Cid!

La fe, el entusiasmo de la raza fuerte  
no alienta su alma, y en este despego  
pierde las Antillas.  
La raza dormita soñando en la muerte.  
España se pudre bajo el sol de fuego  
de las dos Castillas.

Las fuerzas ocultas que el mundo manejan  
reviven con saña las manos hostiles  
de los bandoleros  
y a la madre santa en tierra la dejan  
llagada de huelgas y de atracos viles  
de los pistoleros.

Por miedo a la muerte que a la patria amaga,  
sin rubor, hurtando el alma al sacrificio  
que España exigía  
dos ciudades ricas le abren otra llaga  
de un nuevo infortunio con el artificio  
de su autonomía.

.....

La lira se cansa de vibrar con duelo  
cantando dolores de la hispana tierra  
que acaba sin gloria  
cuando al alma triste le llega el consuelo  
del terrible estruendo que hace la Gran Guerra  
en toda la historia.

*(Cancionero de la esclavitud. Poemas de la epopeya, 1939, pp. 43-48)*